

*Líderes Pasajeros, Sistema Político Eterno***Mala Fortuna de la Democracia**

- ★ El Miedo al Cardenismo Formó Sólido Frente en 88
- ★ Ahora las Circunstancias Externas son Diferentes
- ★ Sólo Queda Insistir en que se Reactive la Transición

LORENZO MEYER

En *El Príncipe*, Maquiavelo advirtió que la fortuna tiene un papel decisivo en política. En el caso de la democracia mexicana, no hay duda que la fortuna le ha vuelto la espalda demasiadas veces. La ola democratizadora que el decenio pasado, por ejemplo, arrasó con el grueso de los autoritarismos en varios continentes, cimbró al mexicano, le dejó huellas, pero no lo derribó. La supervivencia de este autoritarismo se explica, en parte, porque a él sí le ha sonreído la suerte y no sólo en 1988, sino desde hace mucho.

Que el sistema político mexicano mantiene las características esenciales del autoritarismo, es algo tan evidente que apenas si necesita ser demostrado. La presidencia sigue dominando absolutamente al "partido casi único" y éste, a su vez, sigue siendo eso: casi único. La división de poderes —condición necesaria e insustituible de la vida democrática— está hoy

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

**Signo de la primera plana**

tan ausente como siempre. Es la presidencia y, sólo ella, la que continúa poniendo a los candidatos del partido oficial (el "tapadismo" que actualmente vivimos es la mejor prueba de ello), y es esa misma presidencia la que sigue quitando gobernadores supuestamente elegidos y en funciones (Estado de México o Yucatán), o incluso antes de que siquiera lleguen a desempeñar el cargo (Michoacán, Guanajuato o San Luis Potosí), y en su lugar pone a otros que nunca tuvieron que pasar por la formalidad de la

campaña y la elección. Es la presidencia la que, según su voluntad, ordena a otros gobernadores abandonar un puesto en principio irrenunciable, para transformarlos directamente en funcionarios federales a su servicio (ayer fue Chiapas como antes Veracruz). En fin, es esa misma presidencia la que decide cuándo se acepta reconocer los espacios ganados por la oposición en las urnas (Baja California, Mérida, Chihuahua) y cuándo no (Michoacán).

En las elecciones de 1991, el PRI, con todos los

recursos a disposición de un auténtico partido de Estado, y combinando las buenas y malas artes, recuperó plenamente el control del Congreso para el Presidente. Desde entonces, las iniciativas que el Ejecutivo ha enviado al Legislativo han sido procesadas como en los viejos tiempos: sin discusión y sin tener que negociar con la oposición, sea la leal o la otra. Desde luego, la supuesta vigilancia del Legislativo sobre el Ejecutivo en materia de política fiscal, el control del gasto o el proceso de integración con Estados Unidos, brilla

por su ausencia, pues ahí la oposición tiene voz pero no voto. El mantenimiento de la liga entre el monopolio televisivo y el PRI (el monopolio político) asegura la continuación de un solo punto de vista en el medio masivo de información más importante del país. En fin, la lista de indicadores puede seguir, pero no tiene caso. El presidencialismo mexicano —origen y consecuencia de la incompatibilidad entre las reglas democráticas formales y las reales de nuestro sistema político— es hoy una realidad tan o más poderosa que antes

Visto desde esta perspectiva, resulta que la democratización española fue tanto, o quizá más, un asunto de circunstancias propicias que de voluntad política. La inteligencia y la voluntad democrática de la sociedad en su conjunto, no tuvieron ningún papel en la desaparición de Franco pero sí en lo que ocurrió después, y que consistió en aprovechar la buena suerte de la muerte del Caudillo, para superar definitivamente el atraso político y crear el entramado institucional democrático del que ahora tan justamente se engullecen y disfrutan.

En contraste, a México la fortuna le ha volteado sistemáticamente la espalda por lo que a democracia se refiere. El liderazgo democrático que llegó al poder en 1911 tras el derrocamiento de la dictadura porfirista —el de Francisco Madero— no tuvo la suerte de contar con una circunstancia externa favorable sino todo lo contrario. La hostilidad norteamericana y europea frente a la recién nacida democracia mexicana, fue un factor importante en su rápido, trágico y sangriento final de 1913. Madero confiaba en que su proyecto democrático podría ser entendido y aceptado por el Presidente electo del país vecino, Woodrow Wilson, pero desafortunadamente los generales Félix Díaz, Victoriano Huerta y el propio embajador estadounidense, no le dieron tiempo de comprobarlo. Quince años después y una revolución de por medio, las ba-

las disparadas por José de León Tora en 1928 pusieron fin a la vida del general Alvaro Obregón justo cuando ya se había convertido en el nuevo "hombre necesario", en el Caudillo mexicano. Pero resulta que dichas balas fueron disparadas en un momento en que la democracia estaba en aprietos en el mundo. Frente al ascenso de los partidos totalitarios de izquierda o derecha, el partido de Estado que nació en 1929 para llenar el vacío dejado por la muerte de Obregón, y que nueve años más tarde se transformaría en una gran estructura corporativa, no se vio tan mal, sobre todo por su antifascismo y su retórica democrática. Por tanto, lo que llegaría a ser el PRI y uno de los mayores obstáculos para el desarrollo democrático mexicano, fue bien recibido por las potencias democráticas, pues tales países, por razones de política mundial —antifascismo primero y anticomunismo después—, decidieron que era conveniente tratar al régimen mexicano como lo que no era: como un sistema democrático.

Para entender el papel político desempeñado por la fortuna en algunas de las transiciones democráticas, nada mejor que examinar al modelo más acabado de este proceso: el de España. En un artículo reciente, Fernando Savater nos recordó algo fundamental para entender el ordenado y sorprendente paso del sistema franquista a la democracia multipartidista hoy encabezada por los socialistas de Felipe González. Se trata de lo que el autor califica de un "secreto a voces" y es el siguiente: "que sólo la biología pudo acabar con la dictadura franquista. Si hubiese vivido 20 ó 30 años más, aunque fuese en la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), Franco hubiera mandado en España 20 ó 30 años más. Quizá hubiese mandado fusilar de vez en cuando a tres o cuatro, y sus órdenes se habrían cumplido a rajatabla. ¿Para qué vamos a engañarnos? Nos había cogido el tranquilo..." (El País, reproducido en El Financiero, 22 de enero).

La afirmación de Savater nos lleva directamente al tema de la relación entre la fortuna y la acción política. Se trata, desde luego de una hipótesis que le quita parte del brillo con el que desde este lado del Atlántico se ve a la democracia de la Península Ibérica. Savater sostiene que en realidad España se democratizó menos como resultado de la acción política de una sociedad madura, poco dispuesta a tolerar dictaduras personales y que exigía libertad, y más como resultado de un hecho que es, por definición, asunto de la fortuna: la muerte del Caudillo. Pero eso no es todo —y este es un elemento que no entra en las consideraciones de Savater, pero que no se puede olvidar—, la muerte de Franco, por feliz coincidencia, tuvo lugar cuando Europa Occidental ya no tenía necesidad de los servicios anticomunistas del soso caudillo y sí, en cambio, había iniciado un proceso de unificación que exigía de las clases dirigentes españolas una democratización auténtica como el boleto insustituible de entrada a la Comunidad Europea.

La "inmortalidad" del sistema político mexicano posrevolucionario tenía, sin embargo, un talón de Aquiles: la economía. La legitimidad del autoritarismo posrevolucionario (alguna legitimidad tenía), se basaba no en el proceso electoral y sí en su eficacia económica; es decir, en su capacidad de generar recursos suficientes para sostener sus compromisos con todos los actores relevantes; obreros y empresarios, campesinos y clase media urbana, intelectuales e inversionistas extranjeros. En 1982 se agotó la fuente de riqueza del populismo posrevolucionario y con ella también la viabilidad económica del sistema. ¡Por fin se abría la posibilidad de dar muerte al arreglo histórico basado en el "partido casi único"! Desafortunadamente no fue ese el caso.

En julio de 1988 la atmósfera internacional aún estaba cargada del anticomunismo del Presidente estadounidense Ronald Reagan, que veía en Nicaragua o El Salvador una amenaza comunista. El temor a un triunfo de la oposición cardenista —a la que sus enemigos hicieron todo lo posible por identificarle con el antiguo partido comunista, con el nacionalismo antiamericano y con el estatismo corrupto e irresponsable—, llevó a que casi todos los que habían medrado bajo el sistema autoritario y populista, más todos los anticomunistas y conservadores, formaran con las carretas de sus intereses un círculo para proteger al binomio De la Madrid-Salinas del asalto del "México profundo". El miedo al cardenismo y a su movilización masiva, fue el cemento que unió en un sólido frente, lo mismo a los gobiernos norteamericano y europeo, que a los líderes de los sectores corporativizados del PRI, a los empresarios y sus dependientes, a la Iglesia y a los

sectores medios conservadores. Incluso los viejos demócratas de derecha del PAN, en los momentos decisivos prefirieron la continuación del sistema antidemocrático —pero con un proyecto económico neoliberal— que intentar dar el salto a la democracia en compañía del cardenismo.

De nuevo la mala fortuna acompañó a la lucha antiautoritaria mexicana. A cuatro años y medio de ese emocionante pero fracasado 1988, el panorama ha cambiado mucho. La Unión Soviética ya no existe y la Guerra Fría quedó atrás. El dominio republicano de la Casa Blanca ha dado paso al de un grupo demócrata más joven, menos ideologizado y aparentemente con mayores simpatías por la democracia en el mundo periférico. El conflicto centroamericano ha disminuido y, en cualquier caso, ya no tiene para Estados Unidos el carácter de cruzada anticomunista. Finalmente, al cardenismo se le identifica hoy menos con el pasado comunista de algunos de sus miembros y más con la social democracia. Y el mismo cardenismo, de entrada moderado, ha cambiado. En su interior pocos piensan ya en el retorno a la economía estatista, protegida, improdactiva y semialtrada del pasado. La izquierda actual, en México y en otros muchos lugares, ha dejado de ser dogmática e ideológica, y ha descubierto las ventajas de la democracia burguesa y algunas de las del mercado. Por tanto, si la insurgencia de los votantes hubiera ocurrido ahora y no en 1988, el sistema autoritario mexicano no hubiera contado con los defensores internos y externos que tuvo. Pero nada se gana con lamentaciones, lo que queda es seguir presionando por reactivar la transición, quizá la próxima vez la fortuna decida darle la espalda al autoritarismo, para variar.